

jero fué ganando todos los corazones, y Kapodistrias resultó más comprometido y más solo que nunca.

Ricord había entregado á Poros al saqueo y en castigo de su actitud mandó cerrar el puente de Hydra. Esto pareció ya demasiado á los representantes de Francia é Inglaterra y protestaron de tal plan y de que se llevara á cabo. Desde este momento Kapodistrias podía considerarse perdido, pues someterse á las potencias occidentales era abdicar, resistir era exponerse á una ruina todavía más segura.

Al anunciado Congreso de Hydra resolvió Kapodistrias oponer el Congreso de Argos, lo convocó, luego lo prorogó, indignando con esta conducta al mismo pueblo, cuyo apoyo buscaba, y si los franceses no hubiesen impedido en Kalamata á los de la Maína que se dieran la mano con los de Hydra, detenidos á la vez por la escuadra rusa, en Korán quedaba hecha ya la alianza que le hubiese precipitado de su puesto.

En la Maína estaba al frente de los sublevados Giannis, el hermano de Petrobey, que vivía en Nauplia retirado, por sus funciones de senador. Desembarazarse de este jefe era el pensamiento constante de Kapodistrias, quien consiguió que Giorgío, hijo de Petrobey, llamara á su tío á Nauplia para tratar de la indemnización que se debía dar á su familia completamente arruinada por la guerra, y ya en Nauplia Giannis, se vió envuelto en procesos y más procesos que le detuvieron arrestado en la ciudad durante diez y ocho meses, mientras otros individuos de su familia conseguían posiciones ventajosas en Argos y Nauplia. Pero habiendo conseguido escapar los dos hijos de Giannis, Elías y Konstantinos, volvieron á la Maína y en Linceni, pusieron su gobierno, que entró desde luego en tratos con los hydriotas.

Petrobey más de una vez había suplicado á Kapodistrias que le permitiera marchar á su país natal para calmar los ánimos; pero Kapodistrias, siempre receloso, le detuvo hasta el punto de que el valeroso anciano, viéndose objeto de tan injusta desconfianza, resolvió fugarse á su vez. Llegó á Zante felizmente; pero luego una tempestad le arrojó á las costas de Elis, y cuando marchaba á Limeni, Kanaris, que había salido á su encuentro, lo capturó.

Acusóle, una vez preso, el gobierno de haber abandonado ó desertado su puesto de senador, y con este motivo le tuvo durante meses preso en el castillo de Itschkaleh, pues no se sometió á tribunal alguno al noble y valiente anciano que tanto ha-

bía hecho por la emancipación de Grecia. Pero con este golpe consiguió el gobierno que Konstantinos, hermano de Petrobey, entrara en negociaciones con el presidente, —Junio, —quien insistió para que se presentaran en Nauplia los jefes todos de la insurrección. Konstantinos accedió en presentarse, creyendo, á pesar de la experiencia y de la tradición griega, que sería respetada su libertad personal, merced al salvo conducto de que se le había provisto; pero como antes Giannis, cayó víctima de la traición; pero como Petrobey, se negó rotundamente en hacer una confesión de sus faltas, tal cual se le pedía, y quedó confinado con su sobrino Georgios en la ciudad y siempre bajo la amenaza, él y su familia, de las resultancias del proceso.

Esta situación iba á dulcificarse, gracias á las gestiones de la anciana y digna madre de Petrobey, que se dirigió al almirante ruso reclamando su apoyo, que éste le ofreció sin reparos, convencido de que Kapodistrias se había precipitado y de que su intervención podía á su vez derribar de su puesto al presidente y que él tanto codiciaba, pues se había convenido una entrevista entre los tres, —8 de Octubre, —cuando precisamente en este mismo día llega á manos de Kapodistrias un número del diario inglés *The Post*, tremendo sobre su administración, que calificaba de «digna de un sátrapa ruso,» y en el cual además se le hacía responsable de todas las intrigas y villanías que habían hecho fracasar la candidatura del príncipe Leopoldo, poniendo igualmente de relieve la saña con que perseguía á los Mauromichalis. Lleno por lo dicho de ira, se dejó llevar de ella y se negó á recibir á Petrobey, que fué vuelto á su cárcel, y como para ello tuviera éste que pasar por delante de la casa de su hermano y de su sobrino, les llamó y les mostró sus guardianes, para que comprendieran qué es lo que había pasado.

Al otro día, —9 de Noviembre, —por ser domingo, el presidente, acompañado de dos guardias, salió para oír misa á la iglesia de Spiridion, encontrándose con los dos Mauromichalis, que le saludaron, dirigiéndose asimismo á la iglesia, pero ganándole el paso.

Cuando Kapodistrias llegó á la iglesia y vió en su estrecho portal á Konstantinos y Georgios, vaciló un momento, temiendo un atentado; pero repuesto luego de la emoción, continuó avanzando, sin reparar en la actitud sospechosa de dos individuos de la policía que quedaban á sus espaldas. Eran estos Karayannis y Georgis. Karayannis, aprovechando el momento oportuno, disparó un pistoletazo al presidente, pero no acertó, alcanzándole entonces la



certera bala de Konstantinos, que le destroza la cabeza, mientras su sobrino Georgios le hundía su yatagán en el vientre.

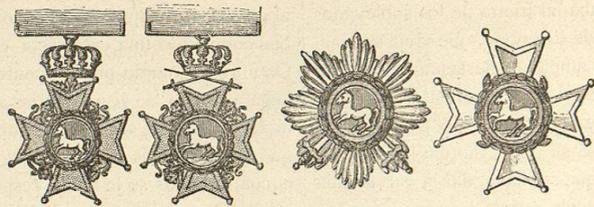
Konstantinos, perseguido por los que acompañaban al presidente y por el pueblo amotinado contra los asesinos, cayó despedazado por sus perseguidores en medio de la vía pública. Georgios fué hecho prisionero y fusilado el día 22 de Octubre, bajo los ojos de su padre.

De tan miserable manera acabó Kapodistrias, y como ya es de presumir, sus matadores fueron comparados por unos á Harmodios y Aristogeiton, por otros á miserables bandidos mainotas, recordando su familia de Klephtos.

Sus viudas, lejos de tomar vestidos de luto, vistieron telas blancas, presentándose á la iglesia—Missolonglis—con tales trajes, para dar gracias á Dios por haber libertado á su patria.

El Senado instituyó como poder ejecutivo un triunvirato compuesto de Agustín Kapodistrias, Koletis y Kolokotronis; de modo que de este gobierno de unión de todos los partidos, sólo quedaban excluidos los insulares.

La paz, pues, no había de renacer en Grecia, ni aun fecundada por la sangre de Kapodistrias y los Mauromichalis. La lucha de los partidos continuó todavía por mucho tiempo, acompañada de todos los horrores que distingue á las guerras civiles



Hanover Orden de los Guelfos, cruz y placas



CAPITULO XLVI

SAN MARTÍN EN CHILE

San Martín.—Conquista de Chile.—Gobierno de O'Higgins en el interior.—Fin de los Carrera.—Armamentos dirigidos por Chile contra el Perú.

VOLVAMOS ahora á América para completar la historia de la revolución americana, que hemos dejado en el tomo anterior al fin natural de su período ó sea al 1815. En quince años ¡cuánta mudanza nos toca reseñar en el Nuevo Mundo!

José de San Martín nació de padres españoles en Yopezu, en la provincia de Entre Ríos en 25 de Febrero de 1778; de la cual era su padre gobernador.

Huérfano de padre, trájolo su madre á España é hizo sus estudios militares con aprovechamiento, ganando en Albufera,—1811,—el grado de coronel. Cuando, pues, se abría á la fortuna y á la gloria la carrera de San Martín, abandonó de improviso á España y corrió á ofrecer su espada á la revolución americana.

Amigos y enemigos de San Martín han tratado de averiguar la causa de esta resolución que nada justificaba, pues San Martín no tenía en América lazo alguno de aquellos que le podían hacer olvidar su verdadera patria por su patria ocasional, y, en efecto, nada tan ridículo como hablar á este propósito del americanismo de San Martín.

De cuantas explicaciones se han dado, no hay más que una de lógica, pero que necesita algo más que

ser apuntada. San Martín pudo considerar la causa de la libertad española perdida en 1812; recuérdese que en esta fecha la península casi por entero es ocupada por los franceses. Napoleón ha agregado parte de ella á su imperio. En este estado de cosas, para los hombres de cortos alcances, contribuir á la emancipación de la América latina, era arrancar aquella parte de España de las garras de la águila imperial. Nosotros creemos, pues, que San Martín obedeciendo á este orden de ideas, fué á salvar, no su americanismo, sino su españolismo en América.

Hombre de guerra San Martín, conociendo prácticamente la gran guerra y la pequeña guerra, como dicen los franceses, ó la guerra de guerrilla, llevaba á América, á la causa americana, una experiencia militar de que carecían los más de los jefes de su independencia. Así se comprende que tomara desde luego en Río de la Plata una posición principal y que aumentara su importancia á compás de los sucesos, demostrándose siempre hombre resuelto y poco escrupuloso en los medios.

San Martín, como se recordará, reemplazó á Belgrano y creó un ejército cuando nadie sabía ver los elementos en donde estaban, probando en estas circunstancias, de una manera extraordinaria, su talento organizador. Enfermo luego, se retiró de Tu-